

# **El sujeto de la voz media.**

**Ubaldini, Gabriela.**

Cita:

Ubaldini, Gabriela (2025). *El sujeto de la voz media. XVII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXXII Jornadas de Investigación XXI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. VII Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. VII Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-004/460>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eNDN/H2U>

# EL SUJETO DE LA VOZ MEDIA

Ubaldini, Gabriela

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología. Buenos Aires, Argentina.

## RESUMEN

En el presente trabajo, que se enmarca en la investigación UBA-CyT “Vicisitudes, encrucijadas y destinos de la transferencia”, dirigida por el Dr. Juan de Olaso, interrogamos distintos aspectos de la voz media. Nos preguntamos si en el fantasma la forma gramatical imperante es la reflexiva, y si en el más allá del fantasma puede plantearse un sujeto de la voz media, en tanto se trata de un sujeto que no es ni agente activo ni objeto que padece pasivamente la acción del Otro.

## Palabras clave

Pulsión - Fantasma - Sujeto - Voz media

## ABSTRACT

### THE SUBJECT IN THE MIDDLE VOICE

In this paper, which is part of the UBACyT research titled “Vicisitudes, crossroads and destinies of transference” conducted by PhD Juan de Olaso, we examine various aspects of the middle voice. We wonder whether the grammar form ruling fantasy is the reflexive form and whether beyond fantasy it is possible to consider the subject in the middle voice, whereas the subject there is neither an active agent nor an object passively suffering the Other's action.

## Keywords

Drive - Fantasy - Subject - Middle voice

En el último capítulo del *Seminario XI* leemos la que a esta altura ya es una célebre formulación: “después de la ubicación del sujeto respecto de a, la experiencia del fantasma fundamental deviene la pulsión”. Y las también célebres preguntas que formula Lacan: “¿Qué deviene entonces quien ha experimentado esa relación opaca con el origen, con la pulsión? ¿Cómo puede un sujeto que ha atravesado el fantasma radical vivir la pulsión?” (Lacan, 1991, p. 281).

Algunas cuestiones al respecto:

El objeto a es aquello de lo que el sujeto se separa para constituirse. Así se instaura el objeto como perdido. Ese objeto, sin especificación, es el vacío en torno al cual girará la pulsión figurando ese vacío en cada una de sus formas. De este modo, la pulsión oral no es el seno sino el testimonio del seno en tanto perdido; la pulsión anal, de las heces como perdidas; la escópica, de la mirada como perdida (que por eso es ciega) y la invocante, de la voz en tanto perdida (por lo tanto áfona). Y la

satisfacción consiste en bordear ese vacío, y en ninguna otra cosa. El fantasma, que intenta recuperar lo perdido, hace de ese vacío, sustancia.

Allí, en el fantasma, el juego de las voces gramaticales que rige el polimorfismo pulsional –activa, media y pasiva– se vuelve rígido. En principio, vemos prevalecer una de esas voces, la pasiva. El fantasma paradigmático con que se encontró Freud nos lo muestra: *Ein Kind wird geschlagen*, “Un niño es pegado” (y no “Pegan a un niño”, traducción que precisamente soslaya ese punto fundamental), donde el sujeto es objeto en el sentido gramatical.

Cabe advertir que las tres voces gramaticales de la pulsión que Freud desglosa en “Pulsiones y destinos...” no se equiparan punto a punto con los tres tiempos de “Un niño es pegado”: la voz media de la pulsión, “infligirse dolor”, *no es equivalente a ninguno de los tiempos del fantasma*, mientras que hay coincidencia entre el tercer tiempo pulsional, “ser pegado”, en voz pasiva –que hace entrar “un nuevo sujeto”, un otro agente que pega–, con el segundo tiempo del fantasma, reconstruido, “mi padre me pega” (mi padre me pega: soy pegado).

Es decir que *los dos primeros tiempos de la pulsión son autoeróticos en tanto que el tercero tiene el estatuto de una fantasía, que pone en escena un Otro al que el sujeto se ofrece como objeto*. La fantasía, así, aparece como la elaboración psíquica de la pulsión autoerótica. En lo que además se juega el masoquismo, que Lacan especifica como femenino.

Esa interpretación del deseo del Otro que es el fantasma, que es una interpretación claramente suficiente, es al mismo tiempo signo de amor, por lo que nunca resulta fácil abandonar ese lugar, que protege de incertidumbre y desamparo.

Cuando en el fantasma prima la vertiente amorosa, el resto se reviste de brillo fálico (a/-fi). Entonces, soy la maravilla que le falta al Otro en cualquiera de sus cuatro formas agalmáticas: un bomboncito, el mejor regalo, la luz de sus ojos, música para sus oídos.

Sus contracaras desecharables –el seno, las heces, la mirada y la voz– aparecen, sustancializadas, cuando la dimensión de resto se impone a lo fulgurante; no soy lo que al Otro le falta, no le falto al Otro, sino que el Otro *me tiene como objeto de su goce* (y supongo entonces un goce del Otro).[1] En ese sentido es que en la angustia falta la falta.[2]

Lacan reformulará la voz pasiva en términos de un *hacerse* (devorar, cagar, mirar, oír) que revela una actividad ahí donde la voz pasiva hace aparecer al Otro como el hacedor de los males del sujeto; de allí que Lacan formule: el sujeto recibe su propio goce

bajo la forma del goce del Otro (Lacan, 1992, p. 69). De modo que, bajo el subterfugio del “hacerse hacer” por el Otro, más allá del fantasma, en un tiempo anterior, se atrincherá eso que Lacan llama “su propio goce”, que es el efecto que *lalengua* produce en el cuerpo, el traumatismo de no ser, la ausencia de saber sobre el sexo; en suma, el trauma de nacer malentendido (Lacan, 1980, clase 6).

Lo que encontramos en la base, en la raíz del fantasma es la marca, conductora de volubilidad (Lacan, 1992, p. 52). En un análisis se tratará entonces de ir a la raíz.

Cito a Lacan: “El goce solo se caracteriza, solo se indica en este efecto de entropía, en esta mengua. Por eso lo introduce en un principio con el término *Mehrlust*, plus de gozar. Precisamente porque se capta en la dimensión de la pérdida [...] produce goce, y goce a repetir”. (Lacan, *ibid.*, p. 53). El *plus* es un exceso, sí, respecto de una supuesta armonía ideal exenta de desajustes y perturbaciones, pero respecto del goce todo perdido es un déficit que lleva –he aquí el *plus*– a buscar repetidamente “un poco más”, con la ilusión de llenar un tonel de las Danaides irremediablemente agujereado.

El análisis conduce al sujeto a encontrarse con el agujero y a desistir de buscarle un tapón a su propia costa. Entonces puede surgir un *se goza* –“pienso, luego se goza”, enuncia Lacan (1991, p. 75).

#### ¿Cómo entender las voces (o diátesis) gramaticales?

- En la voz activa, el sujeto gramatical coincide con el agente (sujeto agente): “Miro un cuadro”.
- En la voz pasiva, el sujeto gramatical coincide con el objeto de la acción (sujeto paciente): “Un cuadro es mirado por mí”.
- En la voz media el sujeto ni es agente ni recibe pasivamente una acción, sino que es sede de esa acción. Sin ser agente, realiza algo que se realiza en él. Esto supone una topología singular por la cual el sujeto es el lugar mismo en el que acontece la acción (Agamben, 2021).

En español no hay una clase de verbos específicamente medios, como sí la hay en griego o en latín, de manera que el valor “medio” es más bien semántico. Es decir que podemos ubicar la voz media allí donde el sujeto, pese a realizar una acción, no está allí como agente; “efectúa afectándose” (Benveniste).

Alegrarse, asustarse, enfurecerse, satisfacerse, decidirse, olvidarse, darse cuenta, sentirse, moverse pueden ser ejemplos de esta voz, o también otros que no llevan la partícula *se*, como padecer, nacer, morir, yacer, gozar.

En su *Seminario XIV* Lacan destaca que en latín “hablar”, *loquor*, es un verbo medio, lo que muestra en qué medida el sujeto, determinado por el lenguaje, al hablar padece una acción de la que claramente no es agente.

Así, como lo sugiere el término mismo, el verbo *medio* se sitúa en una zona de indeterminación entre sujeto y objeto, entre activo y pasivo.

Es interesante hacer una distinción entre la voz media y la reflexiva, que pueden confundirse:

Si digo “Me mojé” puede ser que haya realizado esa acción sobre mí porque hacía calor, en cuyo caso se trata de una proposición reflexiva.

Pero si digo “Me mojé” porque se me cayó un vaso con agua, la proposición es media, pues el sujeto no es allí agente y queda afectado por la acción.

En las formas reflexivas, el sujeto ejecuta y recibe la acción en interés o provecho propio. En las formas medias, “la idea verbal ocurre sin intervención de la voluntad, como un proceso que se realiza u ocurre en él” (Alcina Franch, J., Blecua, J. M., 1975, p. 912).

Pero hay aún otro matiz: Benveniste da un ejemplo que Lacan toma en su *Seminario 14*: en sánscrito, un sacerdote que realizará un sacrificio ritual proferiría “Yo sacrifico” en voz activa si hiciera ese sacrificio en nombre de otro; en cambio, si realizará el sacrificio por su propia cuenta, usaría la voz media. En el caso activo, el proceso tiene lugar fuera del sujeto, puesto que el sacerdote no actúa para sí y por lo tanto no resulta afectado; en el caso de la voz media, el sujeto, actuando *en su nombre*, permanece en el interior del proceso.

Esto plantea algunos interrogantes. ¿El verdugo encargado de la ejecución es exterior al proceso?, ¿está exento de cualquier afectación por el hecho de no actuar en su nombre y tan solo cumplir con su deber? En esta línea Lacan se pregunta: el analista ¿en nombre de quién oficia? ¿Es como el sacerdote que “cuando tiene un poco de oficio larga sus plegarias pensando en otra cosa”? (Lacan, 2023, p. 78). Más bien, tendríamos que pensar que el analista es interior al proceso, efectúa afectándose, y que por lo tanto la voz media es inherente a la posición del analista en su acto. Entonces, ¿en nombre de quién actúa? En el Seminario VX leemos: “El sujeto es totalmente fundamental para la conceptualización del acto; no se encuentra solamente en posición de agente del “yo pienso” sino en posición de sujeto determinado por el acto mismo en cuestión, lo que expresa en latín la diátesis media corriente, por ejemplo *loquor* (hablo). Todo acto podría formularse en estos términos ya que el medio, en una lengua, designa esa falla entre sujeto del enunciado y sujeto de la enunciación” (Lacan, 1968, clase 11).

En latín y algunas otras pocas lenguas existen los verbos deponentes, que son cercanos a los verbos medios y a veces se superponen con estos. Se llaman así porque han depuesto sus desinencias en voz activa. Su significación es activa pero su forma es pasiva. No expresan una operación sino que la deponen y así la vuelven inoperante.

Se refieren a procesos de presencia, aparición, acaecimiento o cambios de estado. En latín, caer, entrar, llegar, morir, nacer, utilizar, ponerse en marcha, sufrir, hablar son verbos deponentes. Un acto deponer toda pretensión y toda intención.

En el fantasma no hallaremos la voz media ni la forma deponente. ¿El “hacerse” que allí se pone en juego es más cercano al

reflexivo? Tal vez, con la salvedad evidente de que, en tal caso, no se trata de una reflexividad voluntaria. Lacan en el *Seminario XI* señala que en el fantasma el sujeto “a menudo pasa desapercibido, pero está allí siempre, así sea en el sueño, la ensueñación o cualquier otra forma más o menos desarrollada. El sujeto *se sitúa él mismo* como determinado por el fantasma” (Lacan 1991, p. 192, las itálicas son mías).

En cambio, en ese más allá del fantasma que es la pulsión, donde encontramos un trazado, un hueso, el sujeto como un aparejo en cuyos agujeros se instaura la función del objeto como perdido (Lacan, *id.*), podemos situar la operación de la voz media, en la medida en que se ha *depuesto* el artificio de lo que el Otro “le hace”, una vez que se ha vuelto inoperante la eficacia axiomática y se ha liberado el goce retenido en una fijación, que así queda disponible para su uso, en el sentido en que Agamben piensa este término, que nada tiene que ver con un sentido utilitario sino que recupera el sentido originario en latín:

El verbo *khresthai* (usar) es un verbo medio. Lo cito: “No un sujeto que utiliza un objeto, sino un sujeto que se constituye solamente a través de usar, de ser en relación con otro”. Un sujeto que testimonia la afección que recibe “mientras está relacionado con otro que no es él mismo, con otro cuerpo” (Agamben, 2021). Interesante punto: la voz media no es intransitiva; se trata de lo que sucede en el sujeto, pero lo que le sucede no es el goce autista, sino que precisamente habilita el lazo con el otro.

El fantasma, desmintiendo la castración, sostiene la creencia en el goce todo, pero el efecto inevitable y paradójico es que ese mismo goce, apenas se atisba como totalizante, se convierte en un tormento. Deponer esa aspiración pone en juego la parcialidad de ninguna totalidad. Por eso la sublimación da la estructura de la pulsión, ya que es una satisfacción que se satisface sin tener ninguna meta. La sublimación es destino pulsional, pero además es el paradigma de la realización de la pulsión en su estructura parcial, no toda, desmontada de todo fin, y por lo tanto afín a la causa. Por eso el fantasma es antisublimatorio y por eso Lacan afirma que el neurótico es incapaz de sublimación. La sublimación acoge el vacío pulsional en una figuración: sugiere, evoca, hace resonar, deja entrever, reverbera, invoca lo que no se deja capturar.

El sujeto para el cual se ha vuelto inoperante el fantasma no es agente activo ni objeto que recibe pasivamente la acción del Otro. Pero, punto importante, tampoco está abolido acéfalamente: no es el *infans* perverso polimorfo; el más allá del fantasma no es una operación de reversibilidad que devuelve al sujeto a un estado anterior. Porque el más allá del fantasma requiere un pasaje por el estrecho camino de la angustia que bordea la castración.

La voz media puede dar una aproximación del lugar que le cabe al sujeto en esta instancia: indeterminado entre sujeto y objeto, entre activo y pasivo, entre sujeto del enunciado y sujeto de la enunciación, realiza algo que se realiza en él; no efectúa sin afectarse; es el lugar mismo en el que acontece la acción, y sin

ser agente, actúa en su nombre. (Queda aún la pregunta: ¿en nombre de quién actúa el analista?)

Lo que indica la dimensión de un goce que ha depuesto el designio del todo sin quedar anegado por el horror, y ha depuesto la certeza del hacer de un Otro sobre él sin el espanto del desvalimiento, sin duda porque en el camino el otro imaginario ha tomado otra dimensión, ya no de semejante, sino de ese desmejante que es el prójimo (véanse, al respecto, los desarrollos de Lacan en el *Seminario 16*).

Cito a Agamben: “[El gramático] Focas ejemplifica este tercer género, que los griegos llamaban ‘medio’, con los verbos *gaudeo* (gozo), *soleo* (suelo), *fio* (devengo o me vuelvo) y nos informa de que algunos llamaban a estos verbos ‘supinos’. [Estos] indican un estado, un proceso o una disposición (*diathesis*) que no es el resultado de una decisión o de un acto de voluntad, ni simplemente el padecimiento de una acción externa”. Respecto de la pregunta de Lacan sobre cómo se vive la pulsión más allá del fantasma, la continuación de la cita puede venir en ayuda: “Más bien aquí el sujeto es interno al proceso, es el lugar mismo del acontecimiento indicado por el verbo, que actúa en la medida misma en que lo padece supinamente, es decir, como ‘un hombre que yace despreocupado’” (2022, p. 272). No la despreocupación boba que se desentiende de todo, sino que ese goce que persiste, irreducible, incurable, que no se eleva a la dignidad de la cosa, puede no ser perturbador.

## NOTAS

[1] Que no existe pero el neurótico hace existir.

[2] El neurótico en ese punto suele echar mano de un recurso defensivo por el cual, identificándose a un rasgo del Otro, ubica en el lugar de objeto al partenaire, el que sea, incluido por supuesto el analista, y tenemos entonces la vertiente dura de la transferencia. Pongo esta observación en una nota al pie para no desviar el desarrollo, pero se trata de un punto crucial, ya que quedar en ese lugar le proporciona al analista la posibilidad privilegiada de operar en acto con el objeto y volver inoperantes las defensas erigidas por el fantasma.

## BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, G., “Elementos para una teoría de la potencia destituyente”, en *Artillería inmanente*, revista digital, 2021.
- Agamben, G., *La locura de Holderlin. Crónica de una vida habitante*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora, 2022.
- Alcina Franch, J., Blecua, J. M., *Gramática española*, Barcelona, Ariel, 1998.
- Marchili, A., “El fantasma y lo invocante”, en *Conjetural 9*, Buenos Aires, Ediciones Sitio, 1985.
- Freud, S. “Pulsiones y destinos de pulsión”, en *Obras completas*, t. XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 1993.
- Freud, S. “El problema económico del masoquismo”, en *Obras completas*, t. XIX, Buenos Aires, Amorrortu, 1993.
- Lacan, J., *El Seminario. Libro XI*, Buenos Aires, Paidós, 1991.
- Lacan, J., *El Seminario. Libro XIV*, Buenos Aires, Paidós, 2023.



Lacan, J., *Seminario 15*, “El acto psicoanalítico”, inédito, 1968.  
Lacan, J., *El Seminario*. Libro XVI, Buenos Aires, Paidós, 2012.  
Lacan, J., *El Seminario*. Libro XVII, Buenos Aires, Paidós, 1992.  
Lacan, J., *El Seminario*. Libro XXVII, “Disolución”, inédito, 1980.

Lacan, J., “La tercera”, en *Intervenciones y textos II*, Buenos Aires, Manantial, 1991.  
Sicorsky, A., *Conjuro*, inédito, 2019.  
Tracio, D. *Gramática*, Madrid, Gredos, 2002.